

# La caja milagrosa

[Poema - Texto completo.]

Juan de Dios Peza

## *Leyenda del exconvento de La Concepción*

---

### I

Para honrar la siempre limpia  
Concepción Inmaculada  
en la hermosa y opulenta  
capital de Nueva España,

un vecino muy devoto  
y de riquezas muy vastas,  
trató de hacer un convento  
digno de gloria tan alta;

y comprando unos solares,  
y al rey demandando gracia,  
logró dar cima a su anhelo  
sin medir riesgos ni vallas.

Llamábase aquel buen hombre  
Juan Aguirre de Suasnaba,  
pródigo en las caridades,  
y en las costumbres, sin tacha.

Cuando con gran regocijo  
miró su obra comenzada  
y dio fin a los cimientos  
y forma a sus esperanzas,

la segur, que no respeta  
glorias y dichas mundanas,  
cortó el hilo de su vida,  
por cierto envidiable y grata.

Tocó a sus más allegados  
heredar cuanto dejara,  
y ya ricos, no quisieron

proseguir obra tan santa.

Quedó en punible abandono  
la nueva y costosa fábrica,  
sin que de ponerle término  
se dijera una palabra.

Los dueños de la fortuna  
fuéronse a tierras extrañas,  
y nadie creyó que hubiese  
quien a Aguirre reemplazara.

Apagáronse de un soplo  
las ilusiones doradas  
de cuantos vieron seguía  
del nuevo templo la fábrica.

Y en las más nobles familias  
con dolor se comentaba  
la conducta de los deudos  
del propio interés avara.

Las pudorosas doncellas  
que con delicia y con ansia  
soñaron en vestir pronto  
manto azul, túnica blanca,

y habitar del nuevo claustro  
la quieta y feliz morada,  
al saber la triste nueva  
vertieron secretas lágrimas.

En esos tiempos remotos  
del mundo en la mar sin playas,  
para encaminarse al cielo  
era el convento la barca;

la celda, puerto y refugio  
de la vida en las borrascas;  
y la fe, radiante estrella,  
nuncio y galardón del alba.

En los tristes desengaños,  
en las dudas más amargas,  
en la orfandad sin apoyo  
y el amor sin esperanza,

cuando todos los dolores  
a un tiempo el ánimo embargan  
y la razón obscurece

y las virtudes desmayan,  
el claustro fue la piscina,  
el Jordán de frescas aguas  
en que encontraron alivio  
los hondos males del alma.

Y las vírgenes más bellas,  
las azucenas más castas,  
en sus floridos abrilés,  
en su edad más dulce y grata,

encerrábanse en las celdas  
como en tumbas solitarias,  
viviendo en completo olvido  
sin ambiciones bastardas;

y allí, sin decir a nadie  
la historia de sus desgracias,  
era su ilusión la muerte  
y el martirio su enseñanza.

Tarde por tarde, iban muchos  
a ver en desierta plaza,  
frente a la modesta ermita  
que a nuestros tiempos alcanza

los comenzados cimientos  
de la nueva mansión sacra  
que iba a honrar la siempre  
limpia Concepción Inmaculada;

y para excitar el celo  
de gentes ricas y santas  
que con su cuantiosa hacienda  
el monasterio acabarán,

una fiesta organizóse  
invitando a la más alta  
sociedad de la opulenta  
capital de Nueva España.

## II

En medio de gran gentío  
un viejo orador sagrado  
dice así con voz sonora  
y con inmenso entusiasmo:

– “No es cierto que nadie quiera  
esta obra llevar a cabo,

que hay alguien a quien le sobran  
elementos para el caso.

Allí escondido entre muchos  
acierto a ver a mi hermano;  
lo conocéis casi todos,  
le llaman Simón de Haro”;

“es un minero muy rico,  
y es además buen cristiano,  
y va a encargarse de todo  
lo que otros abandonaron”.

“¿Que habrá que gastar dinero?  
¡nada importa! ¡Tiene tanto!  
y además pueden sus minas  
darle cuanto es necesario.

El terminará el convento,  
él lo hará, puedo jurarlo,  
y tal vez desde mañana  
ocupe aquí muchos brazos”.

Volvieron todos el rostro  
a don Simón, contemplando  
que estaba absorto y confuso  
con un sermón tan extraño.

Y prodigándole encomios,  
y apretándole la mano,  
por su decisión tan noble  
todos le felicitaron.

Sin dar a nadie respuesta,  
confuso, atónito, pálido,  
al ver ya fuera del púlpito  
a quien movió tal escándalo,

fuése saliendo a su encuentro  
de esta guisa a interpelarlo.  
– Si sabes que soy muy pobre,  
pues muy exiguo es mi erario,

¿por qué de erigir conventos  
me impones el duro encargo  
cuando en mi caja no quedan  
más que muy pocos ducados ?

-Yo no he dicho una palabra.  
-¡Estás loco! Te escucharon  
todos los que aquí han venido

y que no son muy escasos.

– Pues te juro que no dije  
ni una frase... -Has dicho tanto  
que todos me reconocen  
como un rico nada avaro,  
que va a construir el convento.

En esto pienso que hay algo  
misterioso, incomprensible.  
-Lo que dijeron tus labios  
todo el mundo lo comprende.  
-Yo no lo he dicho.-Habla claro.

-Sospecho que las palabras  
que oyeron todos, hermano,  
las ha dicho por mi boca  
el mismo Espíritu Santo.

– ¿Será posible ?-No dudes,  
porque yo ni lo he pensado,  
y al decir que nada dije  
con esta verdad me salvo.

-Dios será quien te proteja.  
-Yo estoy muy pobre y no guardo  
en caja sino muy poco,  
ven a ver mi caja.-Vamos.

De don Simón a la casa  
bien pronto se encaminaron,  
y abriendo una tosca puerta  
entraron a húmedo cuarto.

Vieron los dos una caja  
abandonada en un ángulo,  
fornada en vetusto cuero  
y llena de toscos clavos.

La abrió don Simón, y al punto  
saca con su propia mano  
cerca de catorce duros  
que allí estaban encerrados.

– ¿Basta para un monasterio  
este pequeño puñado?  
Y antes de que a tal pregunta diera  
respuesta su hermano,

dentro de la antigua caja  
oyeron un ruido extraño

y los espantados ojos  
a un tiempo volvieron ambos.

De escudos limpios y hermosos  
halláronla rebosando,  
y postráronse de hinojos  
absortos de aquel milagro.

Vaciáronla varias veces,  
y en cada vez la encontraron  
llena de nuevas monedas  
que arrojaba ignota mano.

-Con esto se hará el convento.  
-Y la obra llevaré a cabo.  
-Alabemos a la Virgen,  
-Y al Señor tres veces santo.

Con lágrimas en los ojos  
y trémulos y rezando,  
el clérigo y el minero  
salieron al fin del cuarto.

Se dio principio a las obras,  
y en menos de quince años  
se alzó el templo y el convento  
de la Concepción llamado.

Y en el espléndido coro,  
las monjas siempre guardaron,  
como caja milagrosa,  
portento admirable y raro,

la que durante las obras  
sola se estuvo llenando  
hasta que la última piedra  
se puso en el templo santo.

Y esta conseja la citan  
haciendo mención del caso  
autores que en nuestros tiempos  
pasan por doctos y sabios.